

Israel peca murmurando (15.22–27)

E hizo Moisés que partiese Israel del Mar Rojo, y salieron al desierto de Shur; y anduvieron tres días por el desierto sin hallar agua. Y llegaron a Mara, y no pudieron beber las aguas de Mara, porque eran amargas; por eso le pusieron el nombre de Mara. Entonces el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Qué hemos de beber? Y Moisés clamó a Jehová, y Jehová le mostró un árbol; y lo echó en las aguas, y las aguas se endulzaron. Allí les dio estatutos y ordenanzas, y allí los probó;... Y llegaron a Elim, donde había doce fuentes de aguas, y setenta palmeras; y acamparon allí junto a las aguas (15.22–27).

Se cuenta la historia de dos granjeros que eran vecinos. Uno de ellos estaba siempre optimista y rara vez se le veía desanimado. Su vecino era todo lo contrario, andaba siempre con el ceño fruncido y era pesimista. Sus días eran cargas que soportar en lugar de oportunidades que aprovechar. Cuando el granjero feliz y optimista veía que el sol se levantaba, exclamaba con mayor volumen que el rugido de su tractor: «¡Miren ese hermoso sol!». Su vecino, con el ceño fruncido, respondía: «Es peligroso que queme los cultivos». Cuando había nubes y la lluvia comenzaba a caer, el granjero positivo sonreía y expresaba: «¡Dios le está dando de beber a nuestro maíz hoy!». El granjero negativo respondía: «¡Si la lluvia no se detiene, pronto inundará los campos y arrastrará todo!».

Un día, el granjero optimista decidió probar a su vecino pesimista. Compró el más listo de los perros de cacería sin importarle la cantidad que tuvo que pagar, y ¡lo adiestró para hacer imposibles hazañas que a cualquiera hubieran asombrado! Invitó a su vecino a cazar gansos. Salieron en una barca y esperaron pacientes a que los gansos llegaran. Los dos hombres dispararon, y varios gansos cayeron al agua. «¡Vé y trae los gansos!», ordenó el dueño del perro, con los ojos que le chispeaban de la emoción. El perro saltó fuera de la barca, y andando sobre el agua, recogió uno a uno los gansos y regresó a la barca. «¿Qué te parece?» le preguntó el dueño del perro. Sin inmutarse y sin sonreír, el pesimista respondió: «Tu perro no sabe nadar, ¿verdad que no?».

La actitud de los israelitas era en gran manera como la actitud del granjero pesimista. Habían pasado el Mar Rojo, con el agua amurallada a ambos lados de ellos. Cuando los egipcios trataron de pasar, Dios hizo que el agua cayera sobre éstos. Los perseguidores egipcios murieron. La poderosa mano de Dios había sacado a Israel de Egipto, después de 430 años de esclavitud, y ahora Dios los protegería con la misma poderosa mano. Con gozo, los israelitas alabaron a Dios por Su liberación (15.1–21). Cantaron: «Han echado en el mar al caballo y al jinete». A pesar de todo lo anterior, tan sólo tres días después de haber andado por el desierto, Israel comenzó a quejarse. El pueblo se puso pesimista e inseguro cuando no pudo hallar agua (15.22–24). Este incidente de murmuración fue el primero de muchos que se dieron a lo largo de cuarenta años de errar por el desierto.

Antes de criticar a los israelitas por ello, analicemos la situación. Habían andado tres días sin haber hallado una fuente de agua fresca. El agua que portaban en sus odres se les había acabado. Cuando llegaron a la fuente de aguas de Mara, hallaron que éstas eran amargas; algunos traductores dicen que eran «salobres» o «saladas». Esto fue una gran decepción para ellos.

Estas personas todavía eran muy jóvenes espiritualmente. Dios les tenía paciencia, les tomaba en cuenta su debilidad y les ayudaba con sus dudas; pero también esperaba que hubieran crecido en su fe.

Como continuaron quejándose y murmurando, Dios los castigó.

La queja y la murmuración son pecaminosas en las vidas de los cristianos. Es perjudicial para la causa de Cristo y daña nuestra buena influencia en el mundo.

¿Cuán a menudo se queja usted de su trabajo o de su situación familiar? ¿Hay momentos en los que usted se queja o deseara que algunas cosas fueran diferentes en la iglesia? ¿Se queja usted de que tiene poco dinero, o de que sus gastos son muy elevados? Todas las anteriores se clasifican como murmuraciones. ¿En qué reside su «desierto de Shur»? Esta jornada de tres días por el desierto nos puede enseñar qué es lo que causa la murmuración y cómo la podemos sacar de nuestras vidas.

SE OLVIDARON DE LA BONDAD DE DIOS

En tan sólo tres días, los israelitas se olvidaron de que Dios puede liberar. No debían haber olvidado las diez plagas de Egipto, ni el hecho de que pasaron el Mar Rojo, sin embargo ¡eso fue lo que hicieron! Los seres humanos son olvidadizos, especialmente cuando sufren de estrés. Si Israel hubiera recordado lo que Dios ya había hecho, en lugar de murmurar, esto es lo que hubieran dicho en oración: «Señor, Tú nos rescataste de mano de los egipcios. Ahora necesitamos desesperadamente que nos des agua. Ayúdanos por favor». ¡Con una oración así, Israel podría haber recibido agua sin necesidad de murmurar!

En momentos de dificultad, una manera como podemos obtener la ayuda de Dios es recordando nuestras bendiciones. ¿Está alguno de nosotros en tan miserable condición como para decir que no cuenta con bendiciones de Dios? Si usted está decepcionado de sus hijos, recuerde la bendición de tenerlos. Muchos desearan tener hijos que pudieran llamar suyos, pero no pueden. Si usted siente la tentación de murmurar contra su trabajo, ¡recuerde a los que no tienen trabajo y les gustaría tener el suyo! Si ha perdido a un ser querido, recuerde los buenos años que fue bendecido con la presencia del que se fue. Si no puede pensar ni siquiera en una sola cosa buena, recuerde el Salmo 40:

Y me hizo sacar del pozo de la desesperación,
del lodo cenagoso;
Puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos.
Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza
a nuestro Dios.
Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en
Jehová... Has aumentado, oh Jehová Dios mío,
tus maravillas;
Y tus pensamientos para con nosotros,
No es posible contarlos ante ti.

Si yo anunciare y hablare de ellos,
No pueden ser enumerados (Salmos 40.2-5).

El recuerdo es una poderosa herramienta para darnos aliento. La Cena del Señor es uno de esos momentos en los que el cristiano puede tener recuerdos. También podemos tener recuerdos y recibir aliento de parte de los cristianos que nos rodean. Pablo dijo: «Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros» (Filipenses 1.3; cfr. Romanos 1.8-10).

NO ATINARON A PEDIRLE A DIOS

Lo contrario a la queja es la oración. ¡Si oráramos con verdadera fe, no nos quejaríamos!

Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4.6-7).

¿Hay alguna cosa que le angustie su corazón, por la cual no se pueda orar? Santiago 4.1-2, dice:

¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís.

Si los israelitas le hubieran orado a Dios, no habrían sentido la necesidad de quejarse.

SE QUEJARON ANTE HOMBRES

Desafortunadamente, una de las cosas que los miembros de la iglesia parecen hacer mejor, es quejarse. El predicador, los maestros, los líderes y otros miembros se quejan y lanzan críticas. Dicen: «No basta con lo que hacen por esta situación»; «Se exceden con lo que hacen por la otra situación». En lugar de orar y de hacer algo por una situación, nos quejamos y criticamos a los que lo están haciendo.

Los israelitas se quejaron ante Moisés, habiendo sido éste el que levantó su vara y la extendió sobre el Mar Rojo y lo dividió, el que tranquilizó al pueblo explicándoles que el Señor cuidaría de ellos. Más adelante se quejarían entre ellos mismos y culparían a Moisés y a Aarón por haberlos traído al desierto a morir (16.2-3).

NO HICIERON NADA

En lugar de cavar pozos de los cuales sacar agua, Israel se quejó. En lugar de orar, se quejaron. Querían que se les llenaran sus necesidades, pero

no querían hacer nada al respecto. Con toda la mano de obra que había disponible, podían haber cavado varios pozos en cuestión de horas. ¡Seiscientos mil hombres que podían ir a la guerra, podían haber cavado muchos pozos! En lugar de esto, se quejaron.

¡Algunos miembros de la iglesia prefieren quejarse de lo que no se está haciendo, que hacer algo al respecto! Prefieren culpar a otros antes que aceptar responsabilidad. Algunos tienen buenas ideas, pero prefieren quejarse antes que emprender acción. Si Dios le ha dado alguna buena idea acerca de algún ministerio que debe hacerse, ¡hágalo!

Jay Utley cuenta de una mujer cristiana de la congregación donde él predicaba, a la cual le escandalizaba la creciente tasa de abortos de Los Angeles. En lugar de esperar a que otros actuaran, oró y decidió hacer algo al respecto. Fue a las clínicas de aborto e hizo fila durante horas con las madres embarazadas. Convenció a algunas para que no abortaran sus niños. Esto dio lugar a un nuevo problema: ¿Qué se podía hacer con algunas de estas mujeres que no podían regresar a sus hogares? Al crecer este ministerio, la iglesia le tomó interés y construyó un hogar para madres solteras. Esta mujer no tuvo que convocar a una reunión. Sencillamente vio la necesidad y buscó la manera de llenarla con la ayuda de Dios.

Algunas de nuestras mejores ideas jamás son puestas por obra porque esperamos a que sean otros los que las hagan funcionar. Los ministerios que podrían ayudarles a los jóvenes, a los pobres, a los ancianos, a las viudas, a los que sufren de soledad, a los perdidos, no se están llevando a cabo porque la gente espera que sean otros los que hagan el trabajo. Mientras tanto, las quejas continúan. Si Dios ha sembrado una idea en su corazón, ¿qué espera? ¡Bien puede ser que Él desea verla a usted realizándola!

NO SE PERCATARON DE QUE LA ADVERSIDAD PUEDE SOBREVENIR

Israel no podía concebir que habría más adversidad, pues ahora Dios estaba con ellos. Dios no nos ha prometido que jamás tendremos problemas. Job sufrió, tal vez más que cualquier otro hombre, excepto Jesús. Perdió sus posesiones, su negocio y sus hijos. Estaba en bancarrota y afligido. Su cuerpo estaba cubierto de llagas. Su mujer le dijo: «¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete». Y él le dijo: «Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. ¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?» (Job 2.9–10). Note esta pregunta: «¿Recibiremos de Dios

el bien, y el mal no lo recibiremos?».

Para Job, Dios no era como muchos se lo imaginan: un ser cuyo único propósito es estar dejando caer buenas dádivas desde el cielo. Así no es el Dios de los cielos. ¡El Soberano Dios de los cielos trabaja para fortalecernos y glorificarse a sí mismo! A veces, eso significa que experimentemos no sólo lo bueno, sino también la adversidad.

NO GLORIFICARON A DIOS

Israel no podía aceptar las dificultades que provenían de la mano de Dios. El pueblo se había malacostumbrado a Su bondad. Todo se lo habían provisto. Cuando se enfrentaron a las dificultades, murmuraron y se quejaron. Si tan sólo se hubieran vuelto a Dios llenos de fe, hubieran visto que Él estaba haciendo algo para glorificarse a sí mismo.

Nuestro mayor objetivo como cristianos, no es ser felices ni estar satisfechos, sino glorificar a Dios. Esta declaración contradice el pensamiento de nuestra cultura occidental. De hecho, muchos enseñan que los cristianos deberían ser las personas más prósperas sobre la faz de la tierra. Esto no es lo que la Biblia enseña. Los cristianos del primer siglo fueron perseguidos, fueron pobres, fueron oprimidos por amigos y enemigos por igual. ¿Significa esto que Dios estaba en contra de ellos? ¡Por supuesto que no! Es que ellos estaban glorificando a su Dios. Esto es lo que se nos recuerda:

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén (Efesios 3.20–21).

Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén (1^{era} Pedro 4.10–11).

CONCLUSIÓN

Si usted es cristiano, se moverá dentro de un ámbito, en el cual será probado de maneras que el mundo no entiende. Como el hierro es forjado sobre el yunque del herrero, así las pruebas lo forjarán a usted sobre el yunque de Dios, para hacerlo más semejante a Dios y para darle gloria a Él.

Para que Israel pudiera ser una nación apta para Dios, los israelitas tenían que confiar en Él. Soy de la convicción de que a veces Dios nos da

problemas para que nos volvamos a Él.

Esta generación de israelitas jamás llegó a aprender la lección. Fueron un pueblo quejoso, murmurador, pesimista, que rara vez confió en el Señor. Dios los libró una y otra vez, y aun así, no vieron ni entendieron.

Esta vez también los libró. A tan sólo unas horas de camino, hallaron más adelante, en Elim, un oasis, doce fuentes de aguas y setenta palmeras bajo las cuales podían descansar (15.27). Durante algunas semanas, los israelitas no se quejaron, pero lo volvieron a hacer cuando tuvieron hambre.

Las quejas le muestran a Dios cuán poco confiamos en Él. Las quejas y las protestas son un

síntoma de cuán olvidadizos somos de la bondad de Dios para con nosotros, de nuestra falta de intensidad en la oración, y de nuestro espíritu de indiferencia. Dios desea desesperadamente que Sus hijos confíen en Él, que lo busquen y que le sirvan. Él todavía busca personas que le obedezcan, personas que sometan sus vidas al cumplimiento de sus planes, personas que dejan de vivir para sí mismas y vivan para Él, personas que reciban a Cristo y que llenas de fe sean bautizadas en agua, tal como él lo ordenó. «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado» (Marcos 16.16). ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados